



Cultura andina en la narrativa de la modernización de la Lima criolla

Roberto Reyes Tarazona
Universidad Ricardo Palma
rreyes@urp.edu.pe
Lima-Perú



Resumen

El significativo crecimiento demográfico de Lima a partir de los años cincuenta tiene como base el desplazamiento de un número creciente de inmigrantes de la región andina hacia ella, principalmente de origen campesino. En las primeras oleadas, los limeños de toda condición social ponían desde reparos hasta rechazo a la presencia de estos inmigrantes, con escasa o nula experiencia urbana y arraigadas prácticas culturales originarias. Esto sucede en el contexto de favorables cambios en la economía y la aspiración a copiar formas de vida propios de una sociedad moderna.

El impacto social y cultural en una ciudad en tránsito a la modernización va a ser el motivo de historias plasmadas en los cuentos y novelas de los escritores de esos años, principalmente de Enrique Congrains. A su obra, representativa de este fenómeno, se suman personajes e historias en la obra de Julián Huanay y Julio Ramón Ribeyro, entre otros.

Palabras clave: ciudad criolla, migrantes andinos, experiencia urbana, cultura originaria.

Abstract

The significant population growth of Lima from the 1950s is based on the displacement of an increasing number of immigrants

from the Andean region towards the capital, mainly from a peasant population. In the first waves, people from Lima of all social status made everything from qualms to rejection to the presence of these immigrants, with little or no urban experience and ingrained original cultural practices. This happens in the context of favorable changes in the economy and the aspiration to reproduce life forms typical of a modern society.

The social and cultural impact in a city in the transition to modernization will be the reason for stories embodied in the tales and novels of the writers of those years, mainly Enrique Congrains. To his work, which is representative of this phenomenon, are added characters and stories in the work of Julián Huanay and Julio Ramón Ribeyro, among others.

Keywords: Creole city, Andean migrants, urban experience, native culture.

Lima y los indigenistas

En los años del indigenismo como expresión narrativa predominante en el escenario literario peruano (décadas del veinte al cuarenta), como corresponde a un movimiento que orientaba la creación de sus novelas y cuentos en la reproducción del mundo rural andino desde una perspectiva esencialmente reivindicativa, Lima —y las ciudades, en general— eran escenarios



escasamente tratados y vistos como entidades lejanas. En los pasajes en que se hacía mención a la capital, a menudo esta era presentada como centro del poder y la opresión, y, cuando se trataba de campesinos, era asociada a prácticas abusivas e incluso degradantes.

Lo característico de esta etapa es que los escritores indigenistas presentan una visión de la ciudad asumiendo el papel de los indígenas, pero, naturalmente, desde su origen mestizo y formación intelectual urbana. Esta característica es señalada ya por José Carlos Mariátegui en “El proceso de la Literatura”, uno de sus *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1988), en donde, a propósito de la literatura indigenista, sostiene:

La literatura indigenista no puede darnos una versión rigurosamente verista del indio. Tiene que idealizarlo y estilizarlo. Tampoco puede darnos su propia ánima. Es todavía una literatura de mestizos. Por eso se llama indigenista y no indígena. Una literatura indígena, si debe venir, vendrá a su tiempo. Cuando los propios indios escriban en grado de producirla. (Pág. 335).

Posteriormente, desde diversas perspectivas, muchos críticos abundarán sobre el tema, como es el caso de Antonio Cornejo Polar (1989), Efraín Kristal (1991) y Peter Elmore (1993), entre muchos otros. Como sintetiza Ghislaine Gazeau en *La ciudad en la narrativa peruana de autores y temática andinos (siglos XX y XXI)*, (2009): “el doble espejismo de la imagen de la ciudad en la ficción indigenista: un escritor narra desde la ciudad el punto de vista del indio rural sobre la ciudad (p. 11).

1941, año decisivo en la narrativa indigenista

En el año 1941 se publican dos importantes novelas del movimiento indigenista, circunstancia que resalta y presenta de manera amplia Peter Elmore en su libro sobre la modernidad en la novela peruana (1993). Lo resaltante es que en ambas se encuentra una visión de Lima desde la perspectiva de dos personajes importantes en la andadura de *El mundo es ancho y ajeno* y *Yawar Fiesta*, novelas de Ciro Alegría y de José María Arguedas, respectivamente. En el primer caso, es la más ambiciosa novela del escritor huamachucano, que gana en ese año un prestigioso concurso internacional organizado por la editorial Farrar & Rinehard, en Estados Unidos; novela que pronto se constituiría en una de las más importantes de Latinoamérica de la primera mitad del siglo veinte. La segunda, si bien no es la más valiosa de la producción de Arguedas, sí representa un paso importante en el tránsito de su narrativa hacia objetivos cada vez más ambiciosos.



El mundo es ancho y ajeno es una novela épica que presenta la defensa de unos comuneros contra los intentos de despojarlos de sus tierras por parte del gamonal de la región. Esta novela representa, para muchos críticos, el momento culminante del indigenismo, en el sentido esencial de movimiento literario.

Yawar Fiesta se desenvuelve en Lucanas, la capital de una provincia serrana (Ayacucho); en ella, a propósito de la celebración de la Independencia, se organiza una corrida de toros a la manera andina, en la que concurren autoridades de Lima, pues la celebración coincide con la inauguración de la carretera que une Puquio con la costa, construcción hecha en un tiempo récord por los comuneros.

Uno de los puntos coincidentes de ambas novelas es la presencia de un personaje que encabeza la lucha contra quienes intentan despojarlos de sus ancestrales propiedades, apoyándose, de alguna manera, en su experiencia ganada en su paso por Lima. Para entonces, el Perú había cambiado muy poco en relación con el analizado y criticado por José Carlos Mariátegui en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*.

Con referencia al tema de la distribución geográfica del país y al papel de las ciudades, de acuerdo al censo nacional de 1940, el 65% del país vivía en zonas rurales. Del 35% restante, residente en zonas urbanas, Lima, con sus 645,172 habitantes, representaba el 10.4% del total nacional. En cuanto a los narradores, la mayoría se hallaban volcados a la recreación del mundo andino, desde una perspectiva de adhesión a lo que consideraban una reivindicación de los derechos



de sus habitantes indígenas, enfatizando su atención en el paisaje, el sentimiento colectivo, la injusticia de su vida por su condición de indígenas, con obras de una estructura lineal, sencilla, y escritas con un lenguaje estrechamente ligados a la oralidad y al quechua.

Como contrapartida de la atención narrativa del mundo andino en estas décadas, el universo urbano-criollo solo provocaba la atención de escasos escritores, en su mayor parte autores de crónicas ligeras o estampas costumbristas, como Abelardo Gamarra “El tunante”, Adán Felipe Mejía “El corregidor”, Eudocio Carrera Vergara. Al lado de ellos, destacaba José Diez Canseco, narrador que en 1930 publica un libro compuesto por sus dos relatos aparecidos en *Amauta*, al que titula precisamente: *El gaviota. El Km. 83: estampas mulatas*. A esta primera edición le sucedieron dos, en las que agregó otras narraciones, hasta llegar a la que denominó genéricamente *Estampas mulatas*, en 1938, compuesta por ocho cuentos. En los relatos que componen este libro, los protagonistas son personajes —esencialmente niños y adolescentes— provenientes de los sectores populares. En sus peripecias, se va desplegando el comportamiento imbuido de machismo e ingenio, pero también sentimentalismo y religiosidad, con rasgos de una ética y valores sociales provenientes de la visión aristocrática del autor, proyectada en sus personajes.

Entrada la década del treinta, la capital encajaba cada vez menos en el enfoque de Abraham Valdelomar, quien en la segunda mitad del siglo acuñó su famosa frase: “El Perú es Lima, Lima es el jirón de la Unión, el jirón de la Unión es el *Palais Concert*”. Y, si bien se estaban

«Como contrapartida de la atención narrativa del mundo andino en estas décadas, el universo urbano-criollo solo provocaba la atención de escasos escritores, en su mayor parte autores de crónicas ligeras o estampas costumbristas, como Abelardo Gamarra “El tunante”, Adán Felipe Mejía “El corregidor”, Eudocio Carrera Vergara.»»

produciendo algunos cambios en la consolidación urbanística de la capital, estos eran muy lentos debido a la crisis económica y a la falta del impulso que le otorgó el presidente Leguía durante su “oncenio” (1919-1930). Incluso, algunas manifestaciones se hallaban estancadas o en retroceso, como la cultura, que estaba lejos de la riqueza de expresiones de los años veinte.

En 1935, en el primer número de *Excelsior*, un semanario de información general, política, deportes y, en menor medida, literaria, el director expone en el editorial su visión de lo que estaba ocurriendo:

Lima carece de ambiente cultural. Cuzco disminuye sus actividades espirituales. Arequipa vegeta. El resto del país yace en el limbo.

¿Qué se lee, qué se conversa, qué se produce? Las librerías de Lima presentan un campo desolador...

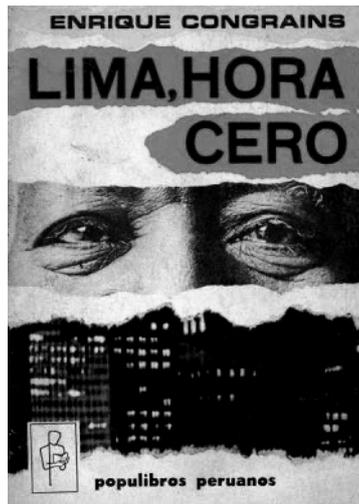
Ya apenas nadie conversa de temas literarios o artísticos, no se diga de asuntos científicos o filosóficos. Los corrillos comentan el último chisme político o la milésima chirigota. Ni peñas, ni círculos...

Así a nadie puede extrañar que nuestra producción intelectual sea tan insignificante. Sin editores, ni revistas, ni ateneos, ¿dónde hallará refugio el hombre de letras, el estudioso, el artista? (p. 1).

En el mundo andino, la crisis económica general y las pobres respuestas conducían a una crisis cada vez más aguda. En las comunidades y aún en los pueblos y las ciudades de la sierra, se vivía como en el siglo pasado. Lima era un referente ideal, accesible para los privilegiados o para algunos casos singulares, remoto y casi inalcanzable para los habitantes de las comunidades; para los indios en general. Era el lugar donde se aprendía lo bueno y lo malo; generalmente, más lo segundo que lo primero. En todo caso, ineludible si se buscaba cambiar de condición.

En un pasaje de *El mundo es ancho y ajeno*, un preso de nombre Absalón Quiñez, con fama de “ser un hombre jugado y capaz, si quería, de engañar a todo el mundo” (p. 356), le dice a Pedro, un muchacho novato en las lides delincuenciales, a propósito de sus habilidades:

—Güeno, pa que sepas, uno no es hombre sino cuando llega a “mear en arena”, es decir, cuando conoce la costa. Yo era así como ustedes, un serrano zonzo, hasta que me di un salto po allá. (Alegría, 1957, p. 356).



En el caso de Benito Castro, uno de los protagonistas de la novela, su aprendizaje de la vida urbana, de Lima concretamente, y del progreso, es distinto, pero igualmente aleccionador:

Quando Benito cayó en Lima, desempeñó todos los oficios –panadero, mozo de bar, diarero, peón de la Escuela de Agricultura– hasta que paró un tiempo en una lechería modelo. Las vacas parecían más bien máquinas con una cabeza para la boca y los ojos y un cuerpo que se iba engrosando hasta que todo se volvía ubres (p. 454).

Como se trata de un personaje de extracción popular, su estancia en Lima transcurre en una vivienda colectiva, en la que debe compartir la vida con gente de escasos recursos, pero criollos:

En el callejón vivían negros, indios, cholos y un italiano. En la noche de sábado se armaban farras en los cuartos del callejón. Guitarras y cajones acompañaban las marineras...

Al final del callejón había un patio y en el patio un caño de agua que caía en una taza de hierro. Ahí se lavaban Lorenzo y Benito, por las mañanas. Ahí lavaban la ropa las mujeres, tendiéndola a secar en cordeles que cruzaban el patio de un lado a otro. (pp. 459-460).

Como todos los que viven en lugares fuera de la costa, sean serranos o extranjeros, les llama la atención el clima y sus efectos.

El Callao y Lima tienen las casas achatadas porque nunca llueve, lo mismo que en toda la costa peruana, lo que a Benito le producía una extraña impresión. Realmente, casi todo le parecía raro y había muchas cosas que ver y en qué pensar. (p. 460).

Al final, lo aprendido en Lima, en la vida cotidiana y en la política, le sirve a Benito cuando asume el gobierno de su comunidad y su enfrentamiento con los poderosos del lugar a su regreso a esta, aunque con el inevitable resultado de la derrota.

En *Yawar Fiesta* también hay un personaje que lleva a cabo su aprendizaje del mundo urbano. Se trata de Rendón Wilka. Pero en esta novela, la visión de lo urbano, de la vida en la capital y las costumbres establecidas socialmente en esta, se presenta de manera mucho más amplia que en la novela de Alegría.

En el capítulo VII, titulado “Los serranos”, el narrador presenta las expectativas de los lucaninos ante la inminencia de su llegada a la capital:

¡Llegar a Lima, ver, aunque fuera por un día, el Palacio, las tiendas de comercio, los autos que se lanzaban por las calles, los tranvías que hacían temblar el suelo, y después regresar! (p. 67).

Luego, el narrador ofrece una interpretación muy consistente de los lazos económicos entre Lucanas y la capital, extensivos a gran parte de la sierra:

Para Lima arreaban los principales cientos de novillos que hacían engordar en los alfalfares de la quebrada; para Lima eran los quintales de lana que los vecinos juntaban en las punas a látigo y bala; para Lima eran las piaras de mulas que salían de las minas de Papacha don Cristian. De Lima llegaban las ruedas de cigarros finos y ordinarios que colgaban de todos los mostradores de las tiendas; de Lima llegaban las telas que llenaban los armarios de los comerciantes; de Lima venían las ollas de hierro, el azúcar, los jarros y los platos de porcelana, las botellas, las cintas de color, los confites, la dinamita, los fósforos... (p. 67).

Además, la exposición sobre el carácter y el alcance de la emigración de la sierra a Lima en esos años, es muy precisa.

Solo los principales iban a Lima, con frecuencia; los ganaderos, los comerciantes, los hacendados, los dueños de las minas, las autoridades, el juez, el Agente Fiscal, el Cura. Regresaban de dos, de tres meses, con ropa extranjera nueva; trayendo pelotas de jebe, trencitos, bicicletas, sombreritos azules para sus niños, los uña werak'ochas (p. 68).

Y continúa:

A veces los “chalos” fueron como sirvientes de los vecinos; y algunos mestizos y comuneros entregaron



a sus hijos a los principales, para que los llevaran de regalo a los compadres y amigos de Lima (p. 68).

El narrador no se limita a la constatación de estos aspectos, pues sigue la pista a los “chalos” de vuelta al pueblo, tratando con ironía su comportamiento, cuando se les da por imitar a los costeños y su descripción hiperbólica de la capital:

Y asustaban a sus amistades, contando que habían visto casas que llegaban casi hasta el cielo, que las calles se atoraban con la gente, que los carros sonaban más fuerte que los truenos en enero y febrero; que las niñas eran tan lindas que uno se quedaba sin habla, sin moverse, cuando ellas miraban de frente a los serranos (p. 68).

Pero lo real era que los lucaninos establecidos en la capital no la pasaban tan bien, por ser víctimas del racismo y los prejuicios de los limeños.

En los primeros tiempos, cuando salían a la calle, en sus domingos libres, andaban casi sin saber dónde, llegaban a las plazas, o al paseo Colón; y se sentaban en una banca a veces horas de horas, viendo pasar a la gente y a los autos.

–¡Miren! Un serrano.

Los muchachos los descubrían, y les echaban cáscaras de plátanos, les jalaban del sombrero, les insultaban. Unas veces escapaban, defendiéndose a manotazos, y se perdían tras de alguna esquina, mientras los palomillas se reían a gritos: otras veces se enfurecían y peleaban con los palomillas, hasta que los chicos se asustaban o hasta que venía algún guardia y los llevaba a las comisarías (p. 69).

En general, el narrador procede a señalar que uno de los recursos para su arraigo en la capital, aparte de sus fuertes vínculos personales, es la fundación de centros provinciales.

Cuando los animadores del Club “Lucanas” quisieron convertir su club en un Centro Cultural Deportivo que fuera la organización de todos los hijos de la provincia residentes en Lima, ya había más de doscientas instituciones provincianas en la Capital (p. 81).

Y en la voz de uno de los personajes, el presidente del club presenta su visión de la acción de los inmigrantes en la ciudad, entremezclado con sus aspiraciones:

Estos centros defienden los intereses de sus provincias; a las comunidades contra los abusos de los terratenientes, de las autoridades y de los curas. Y están levantando el nivel cultural de sus asociados, organizando conferencias, veladas, bibliotecas, y hasta editando revistas. Estos centros también avivan el recuerdo del

terruño, tienen sus orquestas típicas, sus fiestas al modo de sus pueblos. Nosotros somos ya más de mil lucaninos en Lima... (p. 81).

Inmigrantes andinos en la Lima criolla

La migración de las zonas rurales andinas hacia las ciudades, principalmente hacia Lima, fenómeno siempre presente en nuestra realidad, empezó a tornarse masivo y creciente a partir de los años cincuenta. Si bien en las décadas previas, extensas áreas del centro histórico se hallaban en proceso de saturación y deterioro físico, y habían surgido algunos asentamientos fuera del centro histórico y de las áreas de expansión formal (urbanizaciones), como Armatambo, El Agustino y Azcona, es en el gobierno de Manuel Odría cuando se da inicio a lo que José Matos Mar denominaría años después “el desborde popular”. Dos son las principales razones que provocan la migración aluvional de las décadas del sesenta y setenta: la cada vez más aguda crisis del campo –sobre todo el de la sierra–y, como contraparte, el refuerzo de la imagen de Lima como lugar atractivo para vivir, en donde supuestamente se podía encontrar trabajo.

El movimiento masivo del campo a la ciudad de esta etapa ha sido considerado por no pocos científicos sociales el proceso más trascendente del siglo veinte, en la medida que el desplazamiento de millones de personas de diversas regiones del país en pocos años reconfiguró el mapa demográfico del país, provocando la expansión de la actividad económica informal, el surgimiento de nuevos grupos sociales, como el “cholo emergente”, la aparición de la cultura “chicha” y la proliferación de las barriadas, lugar de vida de cada vez mayor volumen de población urbana.

En el “Ochenio”, al amparo de cierta bonanza económica por los precios favorables de las exportaciones, la burguesía confiaba en la modernización del país. Paralelamente a la construcción por parte del Estado de unidades vecinales, grandes unidades escolares, sedes de ministerios, hospitales, la empresa privada construyó los primeros grandes almacenes, los *super markets*, el *drive inn*, los restaurantes para automovilistas. Desde las páginas de La Prensa, se impulsó una campaña que pretendía acercarse al modelo de la sociedad norteamericana, al *american way of life*, a través del “sueño de la casa propia”. Sin embargo, en una sociedad tan estratificada y tan polarizada socialmente como la peruana, esto era posible solo para el reducidísimo sector que constituía la burguesía, y para aquellos integrantes de la clase media capaces de acceder a



un crédito hipotecario. No obstante ello, se crearon muchas expectativas de mejoramiento social, que no fueron sino un espejismo, una ilusión que terminaría en desencanto y frustración, sobre todo para los pertenecientes a los estratos más bajos de la clase media.

Los inmigrantes andinos, obviamente, estaban al margen de este modelo, no solo por carecer de recursos para acceder a las nuevas viviendas, sino por razones sociales y étnicas, que tal vez eran más profundas aún que las económicas. “El sueño de la casa propia” solo podía introducirse en los espíritus de la gente de clase media o “superior”; de ninguna manera en quienes hasta ayer eran campesinos del ande, entre los que menudeaban los quechua hablantes y los analfabetos.

Para ellos, la necesidad de contar con un espacio propio donde asentarse de manera definitiva era cuestión de supervivencia. Mas, para establecerse incluso en los cerros, los arenales y las márgenes de los ríos, debían vencer obstáculos económicos y legales, y luchar contra los dueños de la tierra y el Estado. Los dueños de la ciudad los despreciaban y temían, poniéndoles todo tipo de trabas para su establecimiento.

En la prensa conservadora de entonces, se llegó hasta pedir que los regresaran a sus lugares de origen; situación que no era insólita, pues en los años veinte Leguía, aunque en menor escala, había puesto en práctica esta política con los provincianos rezagados que llegaron a Lima con motivo de las festividades del centenario y no encontraban cómo regresar a sus lugares de origen. Pero la sugerencia ahora era distinta y más radical, pues se consideraba a los pobladores de las “barriadas” como un peligro que se debía extirpar, por tratarse en su mayoría de delincuentes reales o potenciales, tal como se llegó a sostener en más de una ocasión.

Las contradicciones entre la necesidad de establecimiento de los inmigrantes y las expresiones de rechazo de los locales, entre integración vs. marginalidad, son inherentes a la vida de todas las comunidades, humanas o no. Visto desde una perspectiva ecológica, como ocurre con cualquier especie que busca nuevos hábitats donde establecerse, las poblaciones nativas del lugar tienden a rechazar o sojuzgar en su propio beneficio a los “invasores”. Aplicando este criterio a la situación social de los años cincuenta en la capital, los limeños de todos los niveles, cada uno desde su posición social, rechazaban a los inmigrantes; sin exceptuar a los pobres de la ciudad, desposeídos y carentes de recursos como ellos, pero afincados en los callejones y tugurios de la ciudad desde muy antiguo.

En esos años, se exacerbaban las diferencias de costa y sierra, de indios contrapuestos a negros y cholos costeños, de la gente que vivía en callejones, corralones y tugurios del centro, con la que había fijado su residencia en chozas y casuchas de las barriadas. En esos años, los pobres criollos llegaban incluso a mortificarlos debido a sus arraigados prejuicios raciales y culturales.

Sin embargo, no obstante tratarse de un notorio fenómeno social, es en la literatura donde se van a presentar las primeras evidencias de lo que estaba ocurriendo. El crítico norteamericano Robert Aldrich Jr., en “Aspectos del cuento contemporáneo peruano” (1973), señala:

Es de hacer notar que los primeros cuentos de Congrains sobre los emigrantes, se publicaron en 1954 en una colección llamada *Lima, hora cero*. El primer estudio científico de este fenómeno no se hizo hasta 1956 y no se publicó hasta 1961, demostrando de este modo que el artista perceptivo puede ofrecer una visión de la situación social vigente que puede hasta ser anterior a evaluaciones similares en las ciencias sociales (p. 326).

En mayor o menor medida, Congrains, Julio Ramón Ribeyro, Carlos Eduardo Zavaleta, entre otros, incorporaron en sus obras a personajes y situaciones provocadas por el aluvión migratorio, creando obras paradigmáticas, representativas de la época.

En el cuento “Lima, hora cero”, del libro de Enrique Congrains del mismo título, se reproduce en la ficción la “conquista” de un espacio en la ciudad. El narrador, en primera persona participante, empieza situando el escenario a manera de informe-testimonio:

Rodando, tumbo a tumbo, hemos llegado a Esperanza. Somos más de trescientos entre hombres, mujeres y niños, y provenimos de todos los rincones del Perú. Los “otros” son un millón. Un millón de seres que viven dentro de un perímetro de unos ciento veinte kilómetros cuadrados, aproximadamente. “Ellos”, tienen inmensos edificios grises: espléndidas casas, rodeadas de espléndidos jardines; tiendas lujosas provistas de todo; grandes hospitales y clínicas; estupendos autos, brillantes y lustrosos; magníficos colegios para sus hijos. En fin, tienen muchísimas otras cosas; es una gran ciudad, son un millón de seres, (peruanos también) y la vida es la vida” (p. 9)

La trama se articula en la contradicción del grupo de inmigrantes al que pertenece el narrador, urgidos de asentarse en el espacio que han encontrado, y la urbanizadora que pretende desalojarlos. En el fondo,



se contrasta reiteradamente la lógica de los capitalistas, basada en el lucro y respaldados en su poder económico y en las leyes del Estado, con las de un grupo de pobres que lucha por ganar un lugar donde establecerse, basado solo en sus valores humanos y sus ansias de vivir, organizándose y formando sus propias normas.

Como cualquier colectividad humana, nosotros también tenemos leyes propias y particulares que fijan y establecen normas de vida en Esperanza. No están escritas, pero todos las conocemos (p. 17).

La lucidez que insufla el creador al protagonista del cuento se muestra no solo en su capacidad de diagnosticar certeramente la situación que se está viviendo, sino incluso en proyectarse a temas que serán motivo de discusión y práctica social y política de las décadas siguientes, sobre todo en la del setenta.

Aquí en Esperanza, somos trescientos cuarenta y cinco seres ¿Cuántos somos en San Cosme, en el Agustino, en Piñonate, en Mendocita, en Puerto Nuevo, en Leticia, en Prolongación Giribaldi, en San Pedro? ¿Cuántos somos, cuántos?

¿Y si todos nos reunimos, nos juntamos, nos convertimos en un solo ser, no habría la posibilidad de que respetaran nuestros derechos? ¿Caray, no somos plantas para que nos desarraiguen así, porque sí! (p. 29).

A la postre, la policía desalojará violentamente a los “invasores”; pero, como el nombre de la barriada lo sugiere, la fe en que el futuro les pertenecerá los alienta a continuar y a no desmayar en sus aspiraciones.

En tales circunstancias, no dejan de presentarse contradicciones con la gente de clase media, tal como presenta el mismo Congrains en el final de su cuento “cuatro pisos, mil esperanzas”, en donde se pinta el temor de la clase media a perder su estatus.

En fin, limeños, aquí estamos, aquí vivimos ahora, mañana también viviremos aquí. El cielo está azul y los campos en nuestro torno, parecen más verdes que nunca. Ayer fue treinta y todos hemos recibido nuestra quincena. Aparte de los gastos normales, habituales, los gastos de siempre, este mes voy a comprar unas alfombras para la sala y varios discos. Sobran algunos soles y creo que vale la pena que vayamos mejorando nuestra casa. Me he levantado y hacía tiempo que no veía una mañana tan hermosa. Limeños, soy un hombre feliz. Feliz soy, en esta casa; feliz soy, entre paredes tan agradablemente coloreadas (...) Hubiera sido un hombre verdaderamente feliz, pero ha sucedido algo desagradable. Hija vino hasta mí e hizo una pregunta perturbadora:

—Papá —dijo con esa voz cristalina y pura, tan grata a mi oído—, ¿y si la viejita de las gallinas, una noche, después de mucho hambre, frío, lluvia, enfermedades, se mete aquí y, despacio, nos mata a todos...? (Congrains, 1954, pp.154-155).

Cabe resaltar, en relación a este punto, que las ideas expuestas eran novedosas y aventuradas, aunque no mucho después la realidad rebasó lo que soñó el visionario Congrains de esos años. Por otra parte, es necesario resaltar la frase con la que se cierra su cuento “Lima hora cero”: “no somos plantas para que nos desarraiguen así, porque sí”.

Y es que esta frase muy bien podría servir de epígrafe a uno de los cuentos más logrados de Julio Ramón Ribeyro: “Al pie del acantilado”. En él se puede advertir, desde el primer párrafo, en un sentido metafórico, la misma necesidad de arraigo del hombre marginado y sus denodados esfuerzos para superar todas las adversidades.

Nosotros somos como la higuera, como esa planta salvaje que brota y se multiplica en los lugares más amargos y escarpados. Véanla cómo crece en el arenal, sobre el canto rodado, en las acequias sin riego, en el desmonte, alrededor de los muladares. Ella no pide favores a nadie, pide tan solo un pedazo de espacio para sobrevivir. No le dan tregua ni el sol ni la sal de los vientos del mar, la pisan los hombres y los tractores, pero la higuera sigue creciendo, propagándose, alimentándose de piedras y de basura. Por eso digo que somos como la higuera, nosotros, la gente del pueblo (p. 7).

Las historias, obviamente, son diferentes, pero el eje narrativo se articula en una misma dirección: la necesidad de un grupo de pobladores de escasos recursos para encontrar un lugar donde establecerse, enfrentados a las fuerzas de la sociedad oficial que los expulsa. Aunque se debe remarcar una diferencia esencial: mientras que la narrativa de Congrains sugiere un autor que no solo conoce el mundo de los invasores sino comparte —o ha compartido— sus experiencias, en Ribeyro se advierte al observador que se acerca a un mundo ajeno con el que intenta solidarizarse, el de los marginados instalados en los intersticios de la ciudad.

Pero los obstáculos que deben superar los inmigrantes no provienen solo de la gente de mayores recursos, pues en el extremo inferior de la escala social, se presentaba también el rechazo a los inmigrantes, bajo formas menos radicales. Los criollos pobres, a pesar de sus carencias económicas y relegamiento social, sentían tener superioridad sobre los inmigrantes, en la medida que ellos pertenecían a lo que consideraban su ciudad.



Además, con la aparición de desheredados de la fortuna en peores condiciones que las suyas, encontraron con quienes desquitarse de sus frustraciones, apelando a la burla, la sátira, el menosprecio, predominantemente basados en cuestiones de tipo racial y cultural, como ya lo había hecho notar Arguedas.

Son años de exacerbación de las diferencias de costeños y serranos, de negros y cholos costeños contrapuestos a indios, de la gente que vive en callejones, corralones y tugurios del centro con la que transcurre su existencia en chozas y casuchas en las barriadas.

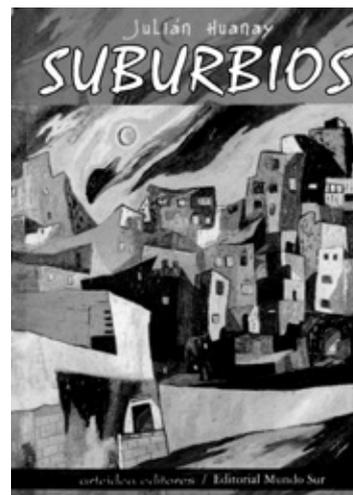
En “Champi”, uno de los cuentos que compone *Suburbios* (1968), de Julián Huanay—escritor proletario, originario de la región andina central—, la relación entre un inmigrante de origen andino y un zambito criollo, no obstante que llegaría a ser amistosa, está teñida de escenas que muestran los prejuicios raciales imperantes. Inicialmente, hay un amago de enfrentamiento cuando el muchacho local quiere alejar de su sitio de trabajo al “recién bajado”, como se acostumbraba decir entonces.

- ¿De dónde eres que no entiendes?
- De la sierra.
- Con razón eres burro.
- Burro serás tú.
- ¿Qué dices, serrano desgraciado? (p. 14).

En otro momento, ya como amigos, el criollo le dice a Champi: “Eres un gil, cholo, hay que ser más vivo. Cuando te digo arranca, debes hacer lo mismo que yo hago.” (p. 18). Más adelante, cuando Champi le informa que nunca ha ido al cine, su ya amigo le dice:

- Pucha diablo, tú sí que eres un salvaje, ¿dónde has estado?
- Ya te he dicho, en la hacienda y allá no hay cine.

Enrique Congrains, en “Un niño de junto al cielo”, utilizando como telón de fondo del relato, reiterativamente, la imagen de la ciudad como el monstruo “con un millón de cabezas”, muestra de manera descarnada la relación entre inmigrantes y criollos. En el relato, un niño que baja del cerro, se va a dar con quien considera su semejante, un niño casi de su edad. Lo que no es capaz de captar aún, es que este se encuentra adaptado a su medio y va a birlar su dinero, aprovechando su buena fe, su desconocimiento de las implacables reglas de sobrevivencia que exige la vida en la ciudad, en la que solo subsiste el más apto.



En “Los gallinazos sin plumas”, Ribeyro presenta la historia de dos niños que viven de recoger desperdicios con que alimentar un cerdo, obligados por el abuelo de ambos. El drama se origina cuando este pretende que continúen con esta tarea a pesar de la grave enfermedad de uno de ellos.

Para los niños, el hogar, ese espacio íntimo cuyo fin es el descanso y la recuperación de fuerzas con que hacer frente a las obligaciones cotidianas, se convierte en un elemento que aumenta su desazón y angustia, semejando, como una pesadilla, al cubil de una fiera a la que no se puede dejar de acudir:

Al entrar al corralón sintió un aire opresor, resistente, que lo obligó a detenerse. Era como si allí, en el dintel, terminara un mundo y comenzara otro fabricado de barro, de rugidos, de absurdas penitencias. Lo sorprendente era, sin embargo, que esta vez reinaba en el corralón un clima cargado de malos presagios, como si toda la violencia estuviera en equilibrio, a punto de desplomarse (p. 14).

Se suceden luego acciones que culminan con la huida de los niños del lugar y, entonces, la ciudad “despierta y viva, abría ante ellos su gigantesca mandíbula”; obviamente, aludiendo a un monstruo que devora a sus víctimas, imagen recurrente en la literatura urbana occidental desde la Revolución Industrial.

Las viviendas que pinta Ribeyro en los otros cuentos de este su primer libro, son de alguna manera otras versiones de esta postura, o se derivan de este concepto. En algunos casos, las viviendas son lugares sórdidos, escenarios propiciatorios de los pequeños o grandes dramas de los humildes. Así ocurre con los corralones (como en “Mientras arde la vela”), los callejones (“Interior L”) y los cuartuchos (“La tela de araña”). En



cuentos posteriores, ya en otro libro: *Las botellas y los hombres*, acentuará Ribeyro su visión negativa de los lugares donde viven los desposeídos. Así podemos leer en “Dirección equivocada”:

...Ramón se sintió deprimido, como cada vez que recorría esos barrios populares, sin historia, nacidos hace veinte años por el arte de alguna especulación, muertos luego de haber llenado algunos bolsillos ministeriales, pobremente enterrados entre la gran urbe y los lujosos balnearios del Sur. Se veían chatas casitas de un piso, calzadas de tierra, pistas polvorientas, rectas calles brumosas donde no crecía un árbol, una yerba. La vida en esos barrios palpitaba un poco en las esquinas, en el interior de las pulperías, traficados por caseros y borrachines” (p. 241).

Desde esta perspectiva, los personajes populares carecen de un refugio íntimo, personal. Y como tampoco los espacios públicos son lugares de encuentro y regocijo, de solaz y recreación, se refuerza la imagen de la Lima de los años cincuenta como un espacio hostil, donde se respira una atmósfera de opresión. Lima es, pues, un monstruo que devora a sus hijos más desvalidos, o les impone una vida angustiada, conduciéndolos hacia el fatalismo y la resignación.

A manera de conclusión

En las décadas del cincuenta y del sesenta, los inmigrantes andinos debieron superar innumerables dificultades para asentarse en la capital. Pero, con el correr de los años, con perseverancia, sacrificio y trabajo incesante, pudieron superar los obstáculos y revertir su situación inicial, alcanzando no solo a ser aceptados en la ciudad, convertirse en la mayoría de los habitantes de la misma, sino, sobre todo, en imponer su presencia y, sobre todo su cultura, sus patrones de comportamiento social y económico, a tal punto que es casi un lugar común escuchar que “Lima es la ciudad andina más grande del Perú”, y a nadie llama la atención que en un libro sobre Lima aparezca convertido su antiguo título de Ciudad de los Reyes, en “Ciudad de los Reyes, de los Chávez, de los Quispe...”.

Bibliografía

- Aldrich, Earl M. Jr. (1973). “Aspectos del cuento contemporáneo peruano”. En: *El cuento hispano-americano ante la crítica*, Dirección y prólogo de Enrique Pupo-Walker. Madrid: Editorial Castalia.
- Alegria, C. (1957). *El mundo es ancho y ajeno*. Lima: Ediciones Varona.
- Arguedas, J. M. (1965). *Yawar Fiesta*. Lima: Populibros Peruanos.
- Congrains, E. (1955). *Lima, hora cero*. Lima: Círculo de novelistas peruanos. Tercera edición (La primera es de 1954).
- Cornejo Polar, A. (1989). *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones (CEP).
- Elmore, P. (1993). *Los muros invisibles. Lima y la modernidad en la novela del siglo XX*. Lima: Mosca Azul Editores - El Caballo Rojo Ediciones.
- Gazeau, G. (2009). *La ciudad en la narrativa peruana de autores y temática andinos (siglos XX y XXI)*. Lima: Universidad Ricardo Palma - Editorial Universitaria.
- Huanay, J. (1968). *Suburbios*. Lima: Editora Gráfica Labor.
- Kristal, E. (1991). *Una visión urbana de los Andes. Génesis y desarrollo del indigenismo en el Perú 1848-1930*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.
- Mariátegui, J. C. (1988). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Empresa Editora Amauta. Quincuagésima Edición (la primera es de 1928).
- Ribeyro, J. R. (1973). *La palabra del mudo*. Tomo II. Lima: Milla Batres Editorial. (El cuento aparece por primera vez en el libro *Tres historias sublevantes*, en 1964).

Recibido el 17 de octubre de 2019
Aceptado el 7 de noviembre de 2019